

CATEGORÍA A (E. PRIMARIA) MODALIDAD INDIVIDUAL

“El extraordinario ingenio parlante del profesor Palermo” Jordi Sierra i Fabra

La noche que vi a Klaatu por primera vez

Había tenido un día duro. Llovía, y eso siempre era malo para los que vivíamos en las calles. Por un lado, la gente se protegía de las inclemencias del tiempo con paraguas y sombreros calados hasta las cejas, sin ver apenas nada, salvo los charcos bajo sus pies. Las personas caminaban enfadadas, maldiciendo el tiempo, y cuando las personas están enojadas, hay algo más que nubes negras sobre una ciudad: están todas sus furias y lamentos, que son más gruesos y amargos que las gotas de lluvia. Por otro lado, nadie exhibía sus mercancías en el mercado, así que era muy difícil llevarse una manzana o un mendrugo de pan. ¿Y qué decir de las basuras húmedas? Ni los perros las querían.

Incluso las alcantarillas se veían desbordadas por el agua que ya no podían absorber.

Sí, un día duro.

Por eso decidí ir al teatro por la noche.

Por eso, y porque al pasar por delante del Odeón para ver la programación, vi aquel impactante anuncio.

**PROFESOR PALERMO
y su EXTRAORDINARIO
INGENIO PARLANTE**

Debajo de tan llamativo reclamo se veía la imagen de un hombre de lo más vulgar, mayor, con la cabeza y el cuerpo redondos, calvo, con bigote y perilla, y vistiendo, eso sí, un elegante frac negro con una pajarita blanca en el cuello. Estaba muy serio, y lo único realmente fascinante eran sus ojos, de mirada directa y penetrante.

El cartel se completaba con esto:

¡Única función!
¡Vea lo más asombroso, el hombre
que es capaz de hacer hablar a su muñeco...
sin tocarlo!
¡Asista al mayor espectáculo de magia
y ventriloquía jamás visto!
¡GRAN ÉXITO!

¿Un ventríloquo capaz de mover un muñeco a distancia? ¿Un mago verdadero? Mi cabeza se disparó al instante. Sabía que todo tenía truco. Lo sabía. No era ingenuo. Los niños de mi edad que vivían en casas más o menos confortables, con padres y madres, abuelos y abuelas, podían permitirse el lujo de creer en hadas y hechos fascinantes. Se dejaban engañar. Yo no. Mi único lujo era sobrevivir, y para ello lo esencial era ser realista. Nada de fantasías. El dinero lo tenían los ricos y su magia era multiplicarlo. Para los pobres solo quedaba la resistencia.

Así que el Profesor Palermo tenía que ser como todos: un tipo listo capaz de engañar a la gente.

Aunque desde luego tuviera un truco muy bueno.

Un muñeco parlante.

No, muñeco no. Lo llamaba «ingenio».

¿Por qué?

Pasé el resto de la tarde merodeando por el teatro esperando mi oportunidad, y cuando anocheció, subí por la pared trasera hasta lo alto. No había comido nada, así que mi estómago rugía de una manera lamentable. Pensé que sus quejidos se oírían como gritos cavernosos en el silencio del teatro. Me acomodé en mi espacio, protegido por la cornucopia, y esperé a que empezara la función. Poco a poco, el Odeón fue llenándose, y me di cuenta de que el público, lo mismo que yo, estaba muy impresionado. Incluso escuché hablar a las personas que se sentaron justo debajo de mi escondite.

—Me han dicho que es un muñeco metálico.

—¿Metálico?

—Sí, un autómatas.

—Entonces tendrá cuerda, como un reloj.

—Ya, pero ¿cómo consigue hacerle hablar?

—¿Y si hay un niño oculto en su interior?

—Imposible. El muñeco no mide más de medio metro. No cabe nadie ahí dentro.

—Entonces seguro que alguien lo manipula desde detrás de los cortinajes.

—Claro.

—Por supuesto.

—Es la única explicación, porque magia...

—La magia no existe.